



¿Puede auxiliarnos Peirce en la era de la posverdad?*

Catalina Hynes

Universidad Nacional de Tucumán, San Miguel de Tucumán, Argentina

ORCID: [0000-0002-0937-045X](https://orcid.org/0000-0002-0937-045X)
catalina.hynes@filo.unt.edu.ar

Recibido: 30 de noviembre de 2025 | Aprobado: 10 de diciembre de 2025

Online First: 27 de febrero de 2026

Doi: <https://doi.org/10.17533/udea.ef.362546>

This manuscript has been accepted for publication in *Estudios de Filosofía* and is provisionally published on our website. The manuscript will undergo typesetting and design review before final publication.

Este manuscrito ha sido aceptado para su futura publicación en *Estudios de Filosofía* y se publica provisionalmente en nuestro sitio web. Se someterá a corrección de estilo, composición tipográfica y revisión de galeras antes de su publicación final. Esta versión puede diferir de la versión final.

Este artículo está bajo la licencia Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike4.0 International



* Este artículo está vinculado al proyecto de investigación PIUNT L724 “Lógica y argumentación. Un enfoque pragmático del Derecho” del cual la autora es codirectora.

¿Puede auxiliarnos Peirce en la era de la posverdad?*

Catalina Hynes

Universidad Nacional de Tucumán, San Miguel de Tucumán, Argentina

ORCID: [0000-0002-0937-045X](https://orcid.org/0000-0002-0937-045X)
catalina.hynes@filo.unt.edu.ar

Resumen:

El presente artículo examina problemas actuales de la comunicación, a saber, el fenómeno de la posverdad, las burbujas epistémicas y las cámaras de eco, que han contribuido enormemente a la polarización de las sociedades y ponen en riesgo la democracia. Se sostiene que estos fenómenos dependen, en cuanto a sus supuestos filosóficos, de las posiciones centrales de la filosofía posmoderna: que toda la realidad está socialmente construida y que es infinitamente manipulable y que la verdad es una noción inútil porque la solidaridad es más importante que la objetividad. La tesis principal del artículo sostiene que desde la filosofía de Charles Peirce se pueden desmontar esos supuestos posmodernos. Peirce ha desarrollado una semiótica sólida que otorga un lugar preponderante a la interpretación y, sin embargo, se asienta en un realismo de tres categorías que permite hacer frente a cada una de las asunciones del posmodernismo desde una epistemología comunitarista.

Palabras clave: Peirce, posverdad, posmodernismo, realismo, falibilismo

Cómo citar este artículo:

Hynes, C. (2025). ¿Puede auxiliarnos Peirce en la Era de la posverdad? *Estudios de Filosofía*, 74. <https://doi.org/10.17533/udea.ef.362546>

* Este artículo está vinculado al proyecto de investigación PIUNT L724 “Lógica y argumentación. Un enfoque pragmático del Derecho” del cual la autora es codirectora.

Can Peirce help us in the Age of Post-Truth?

Abstract:

This article examines current problems in communication: the phenomenon of post-truth, epistemic bubbles, and echo chambers, which have contributed greatly to the polarization of societies and threaten democracy. It argues that these phenomena depend, in terms of their philosophical assumptions, on the central tenets of postmodern philosophy: that all reality is socially constructed and infinitely manipulable, and that truth is a useless notion because solidarity is more important than objectivity. The main thesis of the article is that these postmodern assumptions can be dismantled using the philosophy of Charles Peirce. Peirce developed a solid semiotics that gives a prominent place to interpretation and yet is based on a three-category realism that allows each of the assumptions of postmodernism to be addressed from a communitarian epistemology.

Key Words: Peirce, post-truth, postmodernism, realism, fallibilism

Catalina Hynes: Doctora en Filosofía por la UNT. Profesora Asociada de Gnoseología en la UNT. Expresidente de la Sociedad Latinoamericana Peirce (2019-2025). Miembro pleno de la Academia de Ciencias Morales, Jurídicas y Políticas de Tucumán (2017-). Expresidente de la Asociación Filosófica de la República Argentina (AFRA) (2019-2022) y Exdirectora del Instituto de Epistemología de la UNT (2020-2024). Realizó estudios postdoctorales en la UNAM y ha sido profesora invitada en universidades de España, Colombia, México y Brasil. Ha recibido, entre otras, las siguientes distinciones: Medalla de la Federación Argentina de Mujeres Universitarias, Medalla a la distinción Académica del Gobierno de la Provincia de Tucumán y Plaqueta de honor de la Legislatura de Tucumán por su aporte a la cultura tucumana.

ORCID: [0000-0002-0937-045X](https://orcid.org/0000-0002-0937-045X)

1. Introducción

En años recientes, constatamos que nuestra relación con los medios de comunicación y la información que nos brindan se ha modificado radicalmente. Vemos con preocupación que ciertas estructuras epistémico-sociales problemáticas contribuyen a la polarización política de las sociedades y generan discursos de odio que promueven, incluso, delitos de odio, guerras xenófobas y racistas y hasta genocidios. Sin llegar a esos extremos de crueldad, preocupa también el futuro de la democracia dentro de un contexto de manipulación partidista de los votantes, que explota su ignorancia y su sentido de pertenencia, y utiliza las noticias falsas como arma electoral. Ni siquiera las instituciones dedicadas a la investigación, como las universidades, se salvan de naufragar en este inframundo que se ha dado el llamar la “Era de la posverdad”. En efecto, es fácil notar que

En la era de la posverdad, no solo tenemos verdad y mentira, sino una tercera categoría de afirmaciones ambiguas que no son exactamente la verdad, pero están a punto de ser mentira. Podríamos llamarla verdad mejorada. Neoverdad. Verdad suave. Verdad falsa. Verdad light. El engaño se ha convertido en el estilo de vida moderno. Donde antes la línea divisoria entre la verdad y la mentira era clara y definida, ya no lo es. En la era de la posverdad, engañar a otros se ha convertido en un desafío, un juego, un hábito (Keyes, 2004, p. 13).

En este contexto, que comenzó a llamar la atención de los analistas políticos y de los epistemólogos, se ha puesto en evidencia la proliferación de estructuras epistémico-sociales, especialmente después de la aparición de Internet 2.0, que se han dado en llamar “burbujas epistémicas” y “cámaras de eco”. Claro está que, al ser fenómenos sociales, son los científicos sociales quienes, desde un enfoque interdisciplinario, pueden describir estas estructuras e intentar explicar por qué se han formado. En este trabajo nos limitaremos a aquellos rasgos epistémicos sobre los cuales el filósofo pueda tener algo que decir. Según explica Thi Nguyen:

Algo ha fallado en el flujo de información. No se trata solo de que distintas personas extraigan conclusiones sutilmente distintas a partir de la misma evidencia. Parece que las distintas comunidades intelectuales ya no comparten creencias fundamentales. *Quizás a nadie le importa la verdad,*¹ como algunos han empezado a preocuparse. Quizás la

¹ El énfasis es nuestro.

afiliación política ha reemplazado las habilidades básicas de razonamiento. Quizás todos hemos quedado atrapados en cámaras de eco de nuestra propia creación, envolviéndonos en una capa intelectualmente impenetrable de amigos, páginas web y redes sociales con ideas afines.

Pero aquí intervienen dos fenómenos muy diferentes, cada uno de los cuales subvierte el flujo de información de maneras muy distintas. Llamémoslos *cámaras de eco* y *burbujas epistémicas*. Ambos son estructuras sociales que excluyen sistemáticamente las fuentes de información. Ambos exageran la confianza de sus miembros en sus creencias. Pero funcionan de maneras completamente distintas y requieren modos de intervención muy distintos. Una burbuja epistémica se produce cuando no se *escucha* a la gente del otro bando. Una cámara de eco es lo que ocurre cuando no se *confía en* la gente del otro bando (Nguyen 2018, p. 1).²

A pesar de que Charles Peirce no vivió para ver el lamentable estado epistémico actual, advirtió acerca de nuestra credulidad originaria y sobre métodos defectuosos de fijar creencias que imperan en las sociedades. En mi opinión, las cámaras de eco fueron bien retratadas por él cuando describió el método de la tenacidad. Recordemos lo que dijo en “La fijación de la creencia” con respecto a este método:

Si el solo objeto de la indagación es el establecimiento de opinión, y si la creencia tiene la naturaleza de un hábito, ¿por qué no podríamos alcanzar el fin deseado tomando como respuesta a nuestra cuestión cualquiera de las que podamos elucubrar, reiterándonosla constantemente a nosotros mismos, deteniéndonos en todo lo que puede conducir a tal creencia, y aprendiendo a alejarnos con desprecio y aversión de todo lo que pueda perturbarla? (Peirce 1992, p. 115).

Vemos en esta descripción dos elementos esenciales de las cámaras de eco: la creencia gana ilegítima fijeza por vía de la repetición (“reiterándonosla constantemente”) y por la negación sistemática y “desprecio” de las opiniones que podrían cuestionarla. El cuadro se completa, en mi opinión, con la descripción del método de la autoridad porque el método de la tenacidad es, para él, individual, mientras que, en el de la autoridad, el

² En su libro *Echo Chamber: Rush Limbaugh and the Conservative Media Establishment* (2010), Kathleen Hall Jamieson y Frank Cappella han señalado las similitudes entre las cámaras de eco y las sectas. La semejanza principal es que las sectas aíslan a sus miembros del contacto con “los enemigos” que están afuera. Aunque una cámara de eco puede ser una comunidad *online* en la que el individuo no está físicamente aislado de los demás, sin embargo, las voces discrepantes han sido desacreditadas a tal punto que refuerzan, en vez de cuestionar, las creencias del grupo.

creyente es coaccionado por otros, de diferentes maneras, más o menos violentas, a no dejar de creer aquello en lo que cree.

Peirce era muy optimista al pensar que el mero intercambio con otros de diferentes opiniones nos llevaba necesariamente a poner en duda nuestras creencias y subestimó el poder de la autoridad en este sentido. Sin embargo, ofreció muchas herramientas filosóficas que nos permiten deslegitimar los supuestos sobre los cuales se refuerza el poder de las estructuras epistémicas de las que venimos hablando. En este trabajo presentaré los elementos clave de su filosofía que nos permitirán reconstruir la epistemología sobre nuevas bases, diferentes a aquellas que nos han llevado a la situación actual.

2. ¿Qué es la posverdad y cuáles son sus supuestos?

Siguiendo las ideas de Peirce con respecto a los grados de claridad de las ideas, podemos comenzar con el primer grado, buscando el término “posverdad” en los diccionarios. En 2016 y 2017, varios importantes diccionarios escogieron a “posverdad” y a “fake news” como las palabras del año. Con ligeras variantes, todos ellos coinciden en señalar que *post-truth* es un adjetivo que denota “circunstancias en las que los hechos objetivos tienen menos influencia en la formación de la opinión pública que los llamamientos a las emociones y las creencias personales”.³ Hablar de una “era” de posverdad implica reconocer que desde hace tiempo la verdad viene siendo menospreciada y por tanto es legítimo preguntarnos cómo llegamos hasta aquí.

Por una parte, hay que reconocer con Giovanni Maddalena y Guido Gili (2020) que los mecanismos “posverdaderos” han acompañado desde siempre la historia humana:

Aunque el éxito de las expresiones “posverdad” y “noticias falsas” es reciente, los conceptos que encarnan están lejos de ser nuevos. La posibilidad de mentir e influenciar a otros con información falsa, explotando sus emociones y creencias personales, es tan antigua como la comunicación misma, porque es inherente a la naturaleza humana (Maddalena & Gili, 2020, p. 2).

En el capítulo primero de su libro *The History and Theory of Post-Truth Communication*, los autores rastrean diferentes momentos en los que un documento falso, una mentira o

³ Oxford Dictionaries, “post-truth”, consultado el 12 de marzo de 2025.
<http://en.oxforddictionaries.com/definition/pos-truth>.

un rumor incidieron en el rumbo de la historia humana por la decisión deliberada de algunos actores políticos. No hay nada nuevo bajo el sol, pero la impresión general es que la cantidad de acontecimientos de esta índole no sólo ha aumentado exponencialmente sino, sobre todo, que existe una vaga aprobación general o, al menos, una ausencia de penalización social para este tipo de comportamiento. Maddalena y Gili (2020), en un exhaustivo trabajo, recurren a diversos sociólogos para explicar cómo se ha operado y generalizado este cambio.

A mí me interesa, en cambio, examinar los supuestos filosóficos que han legitimado e instalado este desprecio por la verdad que parece ya tan arraigado. Coincido con Susan Haack (2019) en que

No se trata de una mera disputa académica, sino de algo que pertenece al mundo real.

Sin embargo, cuando se profundiza en este reciente alboroto, se encuentran los viejos y familiares temas posmodernos, pero ahora con un nuevo ropaje y necesitados de un nuevo tratamiento (p. 260).

Aunque podamos ofrecer distintas caracterizaciones del posmodernismo⁴, creo que podemos estar de acuerdo con lo que el filósofo italiano Maurizio Ferraris (2012), antes posmoderno militante, ha señalado como los *dos dogmas* del posmodernismo:

- 1) Que toda la realidad está socialmente construida y que es infinitamente manipulable.
- 2) Que la verdad es una noción inútil porque la solidaridad es más importante que la objetividad.

El segundo dogma, por supuesto, está estrechamente ligado a la idea nietzscheana según la cual no hay hechos, solo interpretaciones. Otro dogma que se impone sin pruebas. Ferraris ha desarrollado una Ontología, una crítica y una propuesta de reconstrucción para oponerse a estos dogmas. Si bien son dignas de estudio por sí mismas, ofrecen flancos a la crítica en los que ahora no tengo tiempo de entrar. Quisiera, en cambio, mostrar cómo, desde la filosofía de Peirce, se puede hacer frente a estos dos dogmas desde una teoría sólida, tanto de la realidad como de la verdad y, por supuesto, desde la semiótica, con una teoría adecuada de la interpretación.

⁴ Ya sea que se lo entienda como una crisis de los grandes relatos de la Edad Moderna (Lyotard) o una profundización de la lógica individualista de la Modernidad (Lipovetsky), o alguna otra caracterización.

Es digno de nota que recurrir a Peirce no es descabellado. Peter Ochs (1992), por ejemplo, ha caracterizado a Peirce como un pensador posmoderno.⁵ Aunque soy más optimista que Ochs respecto de lo que Peirce logró, creo que sus razones son bastante atendibles. Si, en efecto, Peirce cuestionó las bases de la epistemología cartesiana al negar la intuición y la indubitabilidad, y, en adición, también el trascendentalismo kantiano, podemos decir que su pensamiento es superador del modernismo y bien puede tildarse de “posmoderno” en ese sentido. Veremos, a continuación, cómo se puede ser antimodernista en varios aspectos sin caer en el relativismo escéptico ni en el constructivismo generalizado. Para utilizar una expresión de Ferraris (2012, p. 34), es necesario decretar una *paz perpetua* entre el realismo y el constructivismo, otorgándole a cada uno lo que legítimamente le corresponde. Pienso que el pensamiento de Peirce es el más adecuado para lograrlo.

3. Un realismo sinequista

En general, puede decirse que el posmodernismo se opone a un realismo ingenuo, y al negarlo, corre el riesgo de combatir a un hombre de paja. Lo mismo sucede cuando critica la noción de verdad: arremete contra la verdad como copia y contra la verdad “absoluta”.⁶ A la filosofía de Peirce, por el contrario, no puede endilgársele ninguna de estas dos concepciones.

Otro de los puntos importantes del pensamiento posmoderno es su aversión a las dicotomías: naturaleza/sociedad, humano/no humano, etc. Recordemos que Peirce también cuestiona muchas dicotomías, no porque no existan en absoluto, sino porque

⁵ Vale la pena citar *in extenso* sus razones: “Hay dos razones por las que Charles Sanders Peirce (1839-1914) debería ser considerado el lógico del posmodernismo, el filósofo que, más que ningún otro, trazó las pautas normativas del pensamiento posmoderno. La primera razón es que Peirce intentó lograr lo imposible, o al menos lo contradictorio. Inició su carrera filosófica con una crítica lógica del ‘cartesianismo’, término con el que denominó el intento modernista de basar la filosofía en unos principios formales de razonamiento. A continuación, intentó sustituir los principios del razonamiento cartesiano por un conjunto de principios antimodernistas que resultaron ser tan modernistas como sus contrarios. La segunda razón para atribuirle esta etiqueta a Peirce es que sus fracasos a la hora de lograr lo imposible engendraron en él algo que no pudo alcanzar de forma deliberada: un hábito de pensamiento autocrítico pero auto afirmativo que no era ni modernista ni antimodernista, sino más bien una variedad disciplinada de pensamiento posmoderno. En sus últimos años, Peirce comenzó a esbozar los principios del posmodernismo filosófico describiendo las características de su propio hábito emergente de pensamiento. Este esbozo se acerca bastante a lo que yo denominaría una lógica del posmodernismo, en la que el método de la lógica es tan posmoderno como el pensamiento que describe (Ochs 1992, p. 43).

⁶ Me refiero aquí con ese término a una noción de verdad que no tenga en cuenta al sujeto que enuncia los juicios verdaderos.

tiene una posición continuista según la cual esas dicotomías, en todo caso, son los polos más lejanos de procesos que en sí son continuos.

Desde muy joven, Peirce buscó darle al realismo y al idealismo la parte de razón que a cada uno le cabe. Incluso llegó a denominar su posición como “ideal-realismo”. Aquí nos atendremos a describir lo más significativo de su pensamiento maduro, que puede caracterizarse como un realismo de tres categorías. Tempranamente se pronunció contra el nominalismo y a favor de una interpretación realista de los universales, siguiendo a Duns Scoto. Una de sus grandes críticas a la metafísica tradicional es que a menudo comprende lo real sólo a la manera fisicalista, es decir, como existencia física, lo cual deja sin comprensión el devenir temporal de esa existencia: las leyes que rigen su comportamiento actual y futuro, por ejemplo. A lo largo de su vida, Peirce elaboró cuidadosamente una metafísica evolutiva del cosmos para dar cuenta, especialmente, de un mundo susceptible de conocimiento científico.⁷ En una carta a Lady Welby, Peirce (Peirce & Welby, 1977, p. 24) presenta así las tres categorías:

Las ideas de primeridad, secundidad y terceridad son bastante sencillas. Dando al ser el sentido más amplio posible, para incluir tanto ideas como cosas, y las ideas que creemos tener tanto como las ideas que realmente tenemos, definiría la primeridad, la secundidad y la terceridad de la siguiente manera:

La primeridad es el modo de ser de aquello que es tal como es, de forma positiva y sin referencia a nada más.

La secundidad es el modo de ser de aquello que es tal como es, con respecto a un segundo, pero independientemente de cualquier tercero.

La terceridad es el modo de ser de aquello que es tal como es, al poner en relación entre sí a un segundo y un tercero.

Ejemplos de primeridad son las cualidades de sensaciones, como el rojo de las chaquetas de la Guardia Real: “la cualidad en sí misma, independientemente de que se perciba o se recuerde” (Peirce & Welby, 1977, p. 24). La secundidad, en cambio, señala la idea de reacción, como en la percepción efectiva: el sonido estridente del silbato de un tren en medio de la calma de la tarde. La terceridad, al poner en relación los otros dos elementos, indica generalidad. Un ejemplo peirceano típico es la ley de gravedad, mientras que el acto efectivo de caer de una piedra es un ejemplo de secundidad. Una novedad aquí es

⁷ Podríamos llamar a esta posición “realicismo”, como lo hace Rosa Mayorga (2007).

que Peirce relaciona las categorías con las modalidades del tiempo: la idea del futuro no puede ser reducida a la segundidad del pasado. Ese es, de hecho, uno de los grandes errores de la metafísica, según Peirce. Además de las leyes naturales, también las leyes culturales que rigen los símbolos lingüísticos, por ejemplo, se engloban en la categoría de la terceridad.

Una característica importante de la realidad, tal como Peirce la entiende, es la continuidad. Peirce (1992) acuñó el término “*synechism*” (sinechismo o sinequismo) para expresar la doctrina de que todas las cosas son continuas. La palabra proviene del griego συνεχής —*synechēs*—, continuo (a su vez, de σύν *syn*, junto, y ἔχειν *échein*, tener, sostener). La noción de continuo es la auténtica noción-clave y ubicua del pensamiento peirceano, se extiende por doquier abarcando el espacio, el tiempo, la ideación, el sentimiento y la percepción. Peirce defendió la continuidad mente-materia, por ejemplo. Es célebre su idea de que la materia es mente debilitada.

Luego de examinar algunas soluciones al problema de la comunicación en la era de la posverdad, Maddalena y Gili (2022) nos dicen:

Charles S. Peirce (1839-1914), fundador del pragmatismo, propuso una interesante forma de realismo que puede resultar útil en la situación actual. Peirce interpretó las alternativas entre realismo y nominalismo de una manera peculiar que puede ayudarnos a comprender la crisis en la comunicación que hemos destacado. Según Peirce, se puede creer que los universales son reales, pero se sigue siendo nominalista si se piensa que los universales están irremediabilmente más allá de las capacidades inferenciales de la humanidad. El nominalismo afirma que existe una brecha insalvable entre la realidad y la razón, mientras que el realismo afirma que existe una continuidad entre ambas (Peirce 1998: 341-4). Así definido, el nominalismo es el trasfondo del constructivismo y el posmodernismo: dado que la realidad actual es inalcanzable, podemos construir la nuestra propia según nuestra interpretación. Por otro lado, el realismo es la visión de que la realidad y el conocimiento están en continuidad y, por lo tanto, en la medida en que nuestro conocimiento es siempre parcial, deriva de la realidad de la que proviene y debe respetarla, incluso cuando muestra sus capacidades constructivas. (Maddalena & Gili, 2022, p. 24)

Este realismo continuo, enriquecido, de Peirce puede, entonces, hacer justicia tanto al realismo como al constructivismo. Pero hay aquí otros elementos entrelazados que pueden ayudarnos en este caso. Los veremos brevemente en el siguiente apartado.

3. Realidad, comunidad y verdad

Al hacer un análisis pragmático de la idea de realidad, para aclararla, Peirce (1992) audazmente la ligó a otras dos nociones: la de verdad y la de comunidad, pues expresamente deseaba evitar una verdad trascendente al hombre, que seguramente no se podría conocer y sobre la cual no se podría hablar o juzgar. Por el contrario, decidió conectarla con la actividad humana de la indagación. Nos dice:

La opinión destinada a que todos los que investigan estén por último de acuerdo en ella es lo que significamos por verdad, y el objeto representado en esta opinión es lo real. Esta es la manera como explicaría yo la realidad. (Peirce 1992, 139).

Recordemos: la indagación es la actividad que comienza con una pregunta genuina y no importa cuánto tiempo pase, si los investigadores persisten en aplicar los métodos correctos de pensamiento, a la larga llegarán a una opinión que se mantenga en el tiempo y en la que todos concordarán. Para Peirce, el objeto de esa opinión es, entonces, lo real. Quedan así relacionadas tres importantes nociones: la comunidad de los investigadores, la realidad y la verdad. Ahora bien, ¿cómo debe entenderse esta relación entre verdad como opinión final y realidad? Maddalena y Gili (2022) lo explican bien:

Los estudios semióticos de Peirce distinguían dos tipos de “objetos”: un objeto “dinámico” y un objeto “inmediato” (Peirce 1998: 498). El objeto al que nos referimos en nuestros discursos y, más en general, mediante nuestros signos, es el objeto inmediato, que pertenece al propio signo, ya que el signo es ya una imagen del objeto. Cuando digo “en mi estudio hay una mesa”, todo el mundo entiende la referencia incluso sin ver la mesa y sin necesidad de hacer más preguntas. (¿Dos, tres o cuatro patas? ¿Cuadrada o redonda? Etc.). Por el contrario, el objeto dinámico es la mesa tal y como es en mi estudio, que se vuelve diferente de sí misma con cada instante que pasa, ya que la realidad nunca deja de cambiar, aunque sea ligeramente. En su semiótica madura, Peirce sugirió que nos referimos al objeto inmediato, mientras que el objeto dinámico solo se revelará al final ideal de cualquier investigación. Al final de una investigación, la verdad y la realidad coincidirían si la investigación persiguiera el conocimiento sobre la mesa de mi estudio, revelando todas sus potencialidades (p. 25).

No sólo esta distinción entre objetos ilumina la relación entre verdad y realidad. También debemos referirnos a los interpretantes, esos signos más desarrollados que se generan en la mente del intérprete. Recordemos que Peirce entiende al signo como una relación

triádica de signo, objeto e interpretante. El interpretante no es un elemento que se agrega desde afuera, sino un elemento constitutivo del signo. Esto es, sin el interpretante los signos no serían signos, o lo serían sólo potencialmente (hasta que surja un intérprete). El objeto inmediato del que hablábamos genera un primer interpretante que se desarrollará a lo largo de la investigación para llegar, en el mejor de los casos, a un interpretante “final” (verdadero). Las verdades son signos dicentes, es decir, afirman o niegan algo de algo y poseen, claro está, interpretantes. En su pensamiento semiótico maduro, Peirce (Peirce & Welby, 1977, p. 413) ha examinado a fondo los tipos de interpretantes que pueden tener los signos y ha asignado su estudio (y cómo podemos alcanzar signos verdaderos) a una parte importante de la lógica que denomina “metodéutica”.

Algo digno de nota es que la noción peirceana de verdad no se presenta como una alternativa a otras nociones más o menos tradicionales, sino que rescata lo más relevante de cada una y la engloba en un concepto unitario, como ha destacado Forster (1996). Se libra entonces Peirce de los ataques posmodernos a nociones de verdad que no tengan en cuenta la interpretación. Por el contrario, su elaborada teoría semiótica permite dar cuenta de verdades de distinta clase: matemáticas, físicas, históricas y sociales, por decir lo menos. Más aun, mediante la distinción entre objetos, podemos referirnos a los objetos inmediatos del signo y también a sus objetos reales. Esta distinción es crucial a la hora de entender cómo es posible avanzar o mejorar en nuestro conocimiento del mundo. Dicho sea de paso, la percepción cuenta como fuente de conocimiento objetivo para Peirce, y estudiando sus leyes podemos averiguar cómo es el mundo.

Finalmente, otra noción importante viene en nuestro auxilio. Se trata del falibilismo. El pensamiento de Peirce aúna una “alta fe” en la realidad del conocimiento con una constatación del hecho innegable de que nos equivocamos. Basta una mirada a la historia de la ciencia para advertir que muchas veces tenemos buenas razones para afirmar algo que, a la larga, resulta falso. De esta constatación surgió una posición importante de Peirce (1931):

Durante años (...) solía reunir para mí mismo mis ideas bajo la designación de *falibilismo*; y en efecto, el primer paso para averiguar algo es reconocer que no se conoce todavía satisfactoriamente; pues ninguna plaga puede detener tan eficazmente todo crecimiento intelectual como la plaga del ser presuntuoso (...) En efecto, me ha parecido siempre que toda mi filosofía crece a partir de un falibilismo contrito,

combinado con una alta fe en la realidad del conocimiento y con un intenso deseo de averiguar las cosas (pp. 13-14).

Así, Peirce afirma nuestra capacidad de conocer sin caer en el dogmatismo ni en el escepticismo, sino que puede explicar, por una parte, cómo se desarrollan los signos hasta llegar a alcanzar la verdad y, por otra, la necesaria precaución que debemos tener puesto que el error es también una posibilidad cierta de la tarea de indagación. Para él, el gran poder de nuestra razón consiste en la autocorrección. La falibilidad peirceana es una negación de la indubitabilidad cartesiana, una invitación a la investigación autocorrectiva y está asentada sobre una metafísica del continuo según la cual nuestras proposiciones nunca podrán ser exactas por completo. Este falibilismo autocorrectivo es el antídoto más eficaz contra la formación de cámaras de eco. En ningún momento un grupo y, menos aún, un individuo, puede arrogarse alguna clase de prioridad epistémica respecto a los demás, “los enemigos” de afuera. Todos estamos en igualdad de condiciones y todos debemos exhibir algún tipo de evidencia en apoyo de nuestras creencias: contrastarlas con algo “no humano”, independiente de las “variaciones del capricho”.

En sus últimos años, Peirce priorizó como portadores de verdad a las aseveraciones. Hacer una aseveración es, para él, como declarar algo ante un notario. Nos comprometemos con la verdad de lo que estamos diciendo en nuestras comunicaciones con los demás y, si resulta ser mentira, deberíamos esperar algún tipo de castigo de parte de la comunidad de hablantes. Tanto la verdad como toda nuestra lógica dependen de la ética. Mentir o bajar los estándares de evidencia de algo, manipular informes y datos para obtener determinados resultados deseados, etc., todo eso, debe ser pasible de penalidad, porque es una acción indebida, un tipo de crimen.

4. Conclusiones

Resumamos, entonces, algo de lo que Peirce puede brindar al debate contemporáneo. Si bien Peirce cuestionó los supuestos de la epistemología moderna, no lo hizo siguiendo el derrotero del escepticismo y el constructivismo relativista, común a la mayoría de los filósofos posmodernos. Tampoco puede echársele en cara que descuide la interpretación, por el contrario, su semiótica ofrece una teoría compleja y sólida acerca de los signos y sus interpretantes posibles. En cierto sentido, podemos decir que coincide con Ferraris en que la realidad es inenmendable y que nuestras representaciones tendrán que adaptarse a

ella. Desde una perspectiva naturalista que asume la evolución del cosmos y de la vida, puede decir que todas nuestras facultades intelectuales se han producido en un ida y vuelta con el mundo entorno y no están irremediablemente divorciadas de él. Sin embargo, su realismo no es acrítico ni ingenuo. No desconoce la influencia de nuestras concepciones previas en el conocimiento, pero, lejos de quedar fatalmente atrapados en ellas, nos invita a mejorarlas y/o descartarlas en el proceso de la indagación.

La concepción peirceana de la interpretación no es relativista. No todas las interpretaciones valen lo mismo; pueden evaluarse, como puede evaluarse cualquier conducta en relación con determinados fines. Y pueden también perfeccionarse de modo tal que logremos alcanzar el objeto dinámico, es decir, el objeto real.

Su idea de que el pensamiento sólo se da en signos, y que la unidad de análisis consiste en el razonamiento, cuyas reglas son públicas, nos conduce a una novedosa concepción del sujeto del conocimiento como colectivo y social, que es más adecuada a la realidad de la comunicación que el profundo individualismo del relativismo escéptico. Este último desemboca en un solapado solipsismo. Para Peirce, en cambio, la verdad no es la prerrogativa de un individuo aislado, sino una tarea colectiva, una permanente confrontación de la comunidad de investigadores con algo externo. A la larga y con buenos métodos, podemos esperar acercarnos a la verdad.

Con respecto a los tan difundidos dogmas del posmodernismo, es momento de aplicarles la máxima pragmática y exigirles que presenten sus credenciales: ya sea en la aduana de la percepción o en la de los resultados prácticos de la conducta deliberada. Con respecto a los resultados prácticos indeseables, ya hay pensadores, como el arrepentido Maurizio Ferraris, que han comenzado a cuestionarlos y a ofrecer alternativas. En mi opinión, en la filosofía de Peirce tenemos muchos desarrollos aún por explorar. Creo que no hemos sacado todas las consecuencias que se derivan de su epistemología de la continuidad. Esa es la tarea por delante.

Referencias

- Ferraris, M. (2012). *Manifiesto del Nuevo Realismo*. Ariadna Ediciones.
https://doi.org/10.26530/OAPEN_617573
- Forster, P. (1996). The unity of Peirce's theories of truth. *British Journal for the History of Philosophy*, 4(1), 119. <https://doi.org/10.1080/09608789608570934>

- Haack, S. (2019). Post “Post Truth”: Are we there yet? *Theoria*, 85, 258-275.
<https://doi.org/10.1111/theo.12198>
- Jamieson, K. & Cappella, F. (2010). *Echo Chamber: Rush Limbaugh and the Conservative Media Establishment*. Oxford University Press.
- Keyes, R. (2004). *The Post-Truth Era: Dishonesty and Deception in Contemporary Life*. St. Martin’s Press.
- Maddalena, G., & Gili, G. (2020). *The History and Theory of Post-truth Communication*. Palgrave Macmillan. <https://doi.org/10.1007/978-3-030-41460-3>
- Maddalena, G., & Gili, G. (2022). “After Post-Truth Communication”, *European Journal of Pragmatism and American Philosophy*, XIV-1.
<https://doi.org/10.4000/ejpap.2795>
- Mayorga, R. M. (2007). *From Realism to “Realicism”*. Lexington Books.
- Nguyen, C. T. (2018). Escape the echo chamber. *Aeon Magazine*.
<https://aeon.co/essays/why-its-ashard-to-escape-an-echo-chamber-as-it-is-to-flee-a-cult>
- Nguyen, C. T. (2020). Echo chambers and epistemic bubbles. *Episteme*, 17(2), 141-161.
<https://doi.org/10.1017/epi.2018.32>
- Ochs, P. (1992). Peirce as a postmodern philosopher. En D. R. Griffin et al. (Eds.), *Founders of Constructive Postmodern Philosophy: Peirce, James, Bergson, Whitehead and Hartshorne* (pp. 43-87). Suny Press.
- Peirce, C. S., Houser, N., & Kloesel, C. (Eds.). (1992-1998). *The Essential Peirce: Selected Philosophical Writings* (Vol. 1-2). Indiana University Press.
- Peirce, C. S., Hartshorne, C., Weiss, P., & Burks, A. W. (Eds.). (1931-1958). *Collected Papers of Charles S. Peirce* (Vols. 1-8). Harvard University Press.
- Peirce, C. S., & Welby, V. (1977). *Semiotic and Signifys: The Correspondence between Charles S. Peirce and Victoria Lady Welby* (C. S. Hardwick & J. Cook, Eds.). Indiana University Press.